

# EL COLEGIO DEL SALVADOR EN LA PLAZA DE MAYO \*

(1617 - 1662)

Fué en el curso de 1587 cuando llegaron a Buenos Aires los primeros jesuitas que pisaron tierras actualmente argentinas, pero sólo estuvieron algunos días en la reciente y embrionaria población porteña (1).

En 1604 vino a Buenos Aires, desde Córdoba, donde se hallaba a la sazón, el Padre Juan Romero. La ciudad había solicitado su presencia y suplicádole predicara una misión. Así lo hizo el gran misionero con inmensa aceptación de todos los pobladores y habitantes, en especial de Monseñor Martín Ignacio de Loyola que se encontraba entonces en la ciudad.

Este ilustre sobrino de San Ignacio de Loyola, aunque Obispo de la Asunción, vivió casi siempre en Buenos Aires, desde su arribo al país en 1602 hasta su deceso acaecido el 9 de junio de 1606. Fué un entusiasta propagandista del instituto de la Compañía de Jesús y es indudable que a sus encarecimientos debióse en gran medida la forma tan entusiasta con que la ciudad de Buenos Aires favoreció a los primeros jesuitas que se establecieron en su recinto.

A mediados de abril de 1608 llegaron de Europa seis Padres, un escolar y un coadjutor. El superior de todos ellos era el Padre Francisco del Valle quien escribía poco después:

"Cuando llegamos a la vista del puerto de Buenos Aires y el Gobernador del Paraguay [Hernando Arias de Saavedra] oyó que habíamos llegado, por ser ya de noche y no poder

---

(\*) De un libro del P. Guillermo Furlong, S.J., titulado "*Historia del Colegio del Salvador*", en preparación.

(1) En *Tomás Field, un precursor de la cultura rioplatente*. (Estudios, Bs. Aires 1937, t. 56, pp. 146-149) hemos referido extensamente la venida de los primeros jesuitas a Buenos Aires.



venir él en persona, envió a darnos la bienvenida con dos Religiosos graves de San Francisco, acompañados de dos Capitanes, con una carta en que se excusaba de no poder venir en persona... Enviónos un gran refresco de frutas de la tierra y otros regalos..." (2).

Todos estos jesuitas partieron a Córdoba, pero a orillas del Carcarañá se encontraron con el Padre Romero que bajaba a Buenos Aires con el fin de abrir una residencia en esta ciudad. Ordenó que los recién llegados siguieran su ruta a Córdoba, a excepción de los Padres Del Valle y Antonio Mazedo quienes regresaron en su compañía a Buenos Aires.

Al pasar por Santa Fe, y antes de encontrarse con los jesuitas recién venidos, había el Padre Romero solicitado y obtenido del Vicario General del Obispado, en sede vacante, la necesaria autorización para fundar en Buenos Aires. La licencia fué generosamente acordada para fundar "casas e iglesias en las ciudades de nuestro obispado, donde no las tienen... y particularmente en la ciudad de Buenos Aires..." (3).

El día 19 de junio de 1608 entraron los tres jesuitas en la ciudad y se hospedaron en el Convento de San Francisco. A los cuatro días, esto es, a 23 de junio de ese año, los Capitulares resolvieron que

"atento que los Padres de la Compañía han venido a esta ciudad a poblar y hacer convento y fundar casa, y es necesario se les de sitio conveniente para el dicho efecto, lo pida el Procurador de esta ciudad al señor Gobernador, y que les haga merced de una cuadra que está frontero del Fuerte y Plaza de esta ciudad, atento que está la dicha cuadra despo-

---

(2) Esta preciosa narración, muy poco conocida, refiere más adelante que Hernandarias "luego que nos vió, se adelantó un gran trecho y pidiéndonos las manos con grande sumisión para besarlas, que quisimos que no quisimos, nos puso en medio, diciendo con particular afecto y amor, que él daba muchas gracias a Dios por haberle cumplido sus deseos, que eran el ver lo que tanto había deseado, que es la Compañía en estas tierras".

(3) El original de este documento se halla en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires: Colección Segurola. Pillado fué el primero en publicar este documento: *Buenos Aires Colonial*, Bs. As. 1910, p. 154.



blada y dada por no la haber poblado las personas a quien de ella estaba hecha merced, y atento que para el dicho efecto es el sitio más acomodado y mejor que hay en esta ciudad para el tal ministerio" (4).

Cuando Garay fundó la ciudad de Buenos Aires, distribuyó entre los fundadores más conspicuos los lotes de terreno más valiosos. Reservó para sí mismo la mitad sur de la manzana ocupada actualmente por el Banco de la Nación, unos cien metros sobre Rivadavia y unos cincuenta sobre las actuales calles Reconquista y 25 de Mayo.

El lote más grande y mejor ubicado reservólo Garay para el Adelantado Juan Torres de Vera y Aragón, que tan gentil y complaciente había sido con él al elegirle por su Lugarteniente y al comisionarlo para la fundación de Buenos Aires.

Esa cuadra reservada para el Adelantado es la que actualmente limitan las calles Rivadavia, Balcarce, Victoria y Defensa, esto es, toda la mitad oriental de la actual Plaza de Mayo. En la mente de Garay sólo había de ser plaza la mitad occidental de la actual Plaza de Mayo, o sea, la parte que se halla frente a la Catedral y al Cabildo. Frente a éste, plaza por medio, debía de tener su morada el Adelantado Vera y Aragón.

Ni él, ni sus sucesores y herederos, entre ellos Juan de Torres Navarrete y Alonso de Vera, poblaron jamás ese lote magnífico, que el Cabildo y el Gobernador de Buenos Aires entregaron generosamente a los jesuitas en 1608 (5).

Lo ocuparon éstos en junio de ese año, pero solo parte, pues les resultaba excesivamente grande. Contentáronse con cercar de tunas y arboleda la mitad norte del inmenso lote, quedando la otra mitad en el estado en que lo habían recibido. Fué un acierto el que así obraran.

A los veintiocho años de la repartición de los solares y a los siete años de la ocupación por parte de los jesuitas del

---

(4) Acuerdos del Cabildo de Buenos Aires, t. 1, p. 55.

(5) "Generosamente", hemos escrito, no obstante los infundios divulgados por un indocto calumniador que años atrás escribió sobre este tema en *La Razón*, n. del 13 de junio de 1935.



abandonado solar, presentóse un hijo del Adelantado Juan Alonso de Vera y Zárate reclamando una serie de derechos. El Cabildo se negó a todo y en la forma más valiente. Empero el Rey nombró a Vera por Adelantado del Río de la Plata y, en carácter de tal, se presentó en Buenos Aires, en el curso de 1619.

No solamente no reclamó el lote de terreno ocupado por los jesuitas, sino que miró con simpatía el que ellos lo hubiesen poblado, contentándose él con la mitad sur que ellos habían dejado de ocupar. Allí hizo que Rodrigo Alonso de Granada le construyera una casa en que morar y aunque Grana-do invirtió en ella 1200 pesos, cantidad respetable entonces, el Adelantado no pudo pagarle, y después de un pleito que duró desde 1619 hasta 1628 se sacó a remate la finca con la casa. Pedro de Rojas y Acevedo lo compró todo y al fallecer en 1644, su esposa lo donó todo al colegio de la Compañía, y en 1649 Don Juan de Vera y Zárate, uno de los hijos y herederos de Juan Alonso de Vera y Zárate, cedió a la Compañía todos los derechos que podía tener sobre la manzana oriental de la Plaza.

"...Por lo que me toca: digo que por cuanto desde mi tierna edad hasta el presente he recibido muchos beneficios acompañados de toda voluntad y amor de la Religión de la Compañía de Jesús, y en particular del colegio y casa de ella de la ciudad de La Plata como han sido de educación y estudio y buena crianza y otros que son notorios... hago gracia y donación pura, mera, perfecta e irrevocable... a la cuadra que está en la traza de dicha ciudad y plaza pública de ella en frente del Fuerte Real, y en que está fundado el dicho colegio y Casa de la Compañía de Jesús de ella, y los dos solares conjuntos a dicha casa..." (6).

La generosidad de los bonaerenses, a principios del siglo XVII fué tan ilimitada que a más de un historiador ha dejado como perplejo e intrigado. No cabe dudar que el prestigio que aureolaba entonces a la Compañía de Jesús era

---

(6) Cf. Pillado, *Buenos Aires Colonial*, p. 162-163, 430.



enorme. Por otra parte, dos de los hombres más conspicuos que había entonces en el Río de la Plata eran entusiastas admiradores y panegiristas de los jesuitas. Nos referimos a Monseñor Martín Ignacio de Loyola y Hernando Arias de Saavedra. Agreguemos que los primeros jesuitas que llegaron a nuestras playas eran varones eximios. Ciertamente lo era el Padre Romero.

El Padre Juan Romero, fundador de aquella Residencia, había nacido en Marchena de Andalucía en 1559, siendo su progenitor el Regidor perpetuo de aquella ciudad. Hechos sus estudios secundarios o de latín en Marchena pasó Romero a la Universidad de Osuna, donde se graduó en leyes. Fué un joven de pésimas costumbres así en los años de sus estudios universitarios, como en los posteriores, hasta que un suceso desgraciado le hizo entrar en vereda y reaccionar de suerte que en 1586 ingresó en la Compañía de Jesús. Hizo su noviciado en Montilla, y sus estudios en Granada y en Lima. En 1593 fué enviado al Tucumán; en 1608 fundó la casa jesuítica de Buenos Aires; en 1608 fué elegido Procurador ante las Cortes de Madrid y Roma, en 1614 pasó a Chile y fué nombrado rector del Colegio de Santiago; en 1620 reemplazó al Padre Valdivia en el superiorato de Concepción; en 1629 fué nombrado Vice Provincial de Chile y al siguiente año, y siendo rector del Colegio Máximo de San Miguel, terminó santamente su larga y fecunda existencia. Como teólogo escribió dos voluminosos tomos *De Praedestinatione* y como historiador nos ha dejado relatos preciosos entre ellos el suscrito por él a 23 de junio de 1601 y que tuvo un éxito editorial extraordinario: publicado en Roma en 1603, fué reeditado poco después en Venecia, en Maguncia, en Amberes, en Wurzburg y en París.

Con anterioridad a la fundación de la Residencia de Buenos Aires, había sido elegido el Padre Romero para representar a los jesuitas de estas partes de América, ante las Cortes de Madrid y Roma. Los Cabildos de Santiago del Estero, Córdoba y Buenos Aires le nombraron también su procurador an-



te la Corte de Madrid, y al efecto le dieron amplísimos poderes (7).

En julio de 1608 alejóse de Buenos Aires la nave que conducía a Europa al benemérito Padre Romero, y podía éste partir con la satisfacción de ver fundada la Casa o Residencia bonaerense. Estaba ya cercado todo el predio ocupado por los jesuitas, y se habían abierto los cimientos de lo que había de ser la primera Iglesia y Casa de los Padres. En enero de 1609 la obra estaba adelantada y a fin de terminarla determinó el Cabildo que de "los cien pesos corrientes de una condenación que se hizo a Justo López... se gasten y distribuyan la mitad de ellos en las casas del Cabildo y la otra mitad en la obra de la Casa de la Compañía de Jesús" (8).

Cuatro meses más tarde, en carta al Rey, manifestaba Hernandarias que se estaba edificando aún la Iglesia y Casa, que él los ayudaba en lo que podía, y que los Padres ejercían entretanto sus ministerios y decían misa "en su casa, en una pequeña Iglesia". Esta, pues, aunque pequeña y provisoria existía ya a 8 de mayo de 1609, que es la fecha de la misiva de Hernandarias (9).

A esta Iglesia provisoria, sin duda alguna, aludiría el Padre Diego de Torres cuando a 15 de febrero de 1612 manifestaba que en Buenos Aires se había "hecho una Capilla de Nuestra Señora de Loreto, con quien ha cobrado toda esta ciudad extraordinaria devoción..." (10).

Esa Iglesia o Capilla, o Iglesia que tenía adjunta una Capilla, como era corriente en la época, subsistió hasta 1642, fecha en que el Padre Díaz Taño, rector a la sazón, del Colegio, decidió construir otra Iglesia más amplia y un colegio más capaz. Como todavía no poseían los jesuitas la mitad sur de la manzana que ocupaban, y por "la necesidad de hacer

---

(7) G. Furlong, *El Padre Juan Romero, procurador de las ciudades de Buenos Aires, Córdoba y Santiago del Estero ante la Corte de Madrid (1608-1610)* en *Estudios*, Buenos Aires 1936, t. 55, pp. 427-434.

(8) *Acuerdos del Cabildo*, t. 1, p. 135.

(9) Pastells, *Historia de la Compañía de Jesús*, t. 1, pp. 143-144.

(10) Copia en el Archivo de la Provincia Argentina, S.J.



iglesia y clases para los estudiantes hijos de esta ciudad" y "por la cortedad de sitio para edificar la dicha Iglesia y colegio", pidió al Cabildo "se le diese de la plaza de esta ciudad, por ser muy grande, el sitio que fuere menester". Informado favorablemente por el Procurador General de la ciudad, Francisco Velázquez, el Cabildo otorgó el que se ocupara parte de la plaza, pero la donación de doña María de Vega, viuda de Pedro de Rojas y Acevedo, hizo innecesaria la generosidad de los Cabildantes (11).

Con la donación de la otra mitad de la manzana, pudieron los jesuitas levantar de planta una amplísima Iglesia y un colegio con abundantes aulas, Iglesia que se utilizó no solo hasta 1662, fecha en que como veremos, tuvieron los jesuitas que trasladarse a la manzana de terreno que en la calle actual de Bolívar ocupa el Colegio Nacional Central, sino hasta 1721, o sea, hasta la construcción de la actual Iglesia de San Ignacio.

"Buenos Aires... solo tiene tres iglesias, escribía el Hermano Miguel Herre en 1721; la peor de todas es la nuestra, y está situada en el centro [o plaza], cerca del Fuerte. A un lado, no muy lejos de allí, está la iglesia de los Franciscanos con su convento, al otro, muy cerca, está la hermosa Catedral, la cual está construída con cal y ladrillos, y cubierta de tejas; todos los otros edificios están construídos de enramadas y barro al estilo de nidos de golondrinas" (12).

La primitiva Iglesia tuvo su fachada sobre Rivadavia, mirando a lo que es ahora el Banco de la Nación; la construída en 1642 o comenzada a construir en ese año estaba paralela a la actual calle Rivadavia, distante unos veinte o más metros de la misma, y su puerta principal daba a la calle Defensa o sobre la imaginaria prolongación de esa calle hasta la de Rivadavia. A la derecha de la Iglesia estaba el colegio y la Casa de los Padres, y en los fondos el Cementerio o campo santo (13).

---

(11) Pillado, *Buenos Aires Colonial*, pp. 168-169.

(12) *El Plata visto por viajeros alemanes en Revista del Instituto Histórico y Geográfico*, Montevideo 1934, p. 252.

(13) Cf. *El Primer Colegio Jesuítico en Buenos Aires (1608-1661)* en la revista *El Salvador*, Bs. As. 1929, pp. 205-209.



En marzo de 1610 llegó a Buenos Aires la noticia de que Paulo V, a 27 de julio de 1609, había discernido el honor de los altares al Beato Ignacio de Loyola. La alegría de los porteños de entonces fué enorme. El entonces Gobernador Diego Marín Negrón mandó enarbolar durante ocho días sobre la Iglesia de los jesuitas todas las banderas y estandartes de la ciudad y de los navíos, y que cada día, tres veces, se dieran festivos repiques, correspondiendo las campanas de la Iglesia Mayor y de los Conventos, y resonando en los intervalos de cada repique el estruendo de sus piezas de artillería que se plantaron a la puerta de nuestra Iglesia...

En agradecimiento por tantas demostraciones de júbilo y de afecto a la Compañía de Jesús, subió al púlpito el Padre Miguel de Sotomayor, en el día de la Ascensión de Cristo de ese año de 1610, y manifestó al público congregado en nuestra Iglesia que desde entonces dejaría ésta de estar bajo la advocación de Nuestra Señora de Loreto, y sería el Beato Ignacio su patrono y titular.

En 1610, cuando predicó el Padre Sotomayor su sermón, no estaba aún terminada la Iglesia, ya que dos años más tarde, el 8 de enero de 1612, escribía el Gobernador Marín Negrón al Rey y hacía constar que "en Buenos Aires no tienen [los Padres Jesuitas] casa ni iglesia terminadas", y sabemos que un mes más tarde arribó el navío *San Juan Bautista* trayendo maderas brasileñas para la terminación del templo. Recién en 1616 ó 1617 se abrió totalmente al público (14).

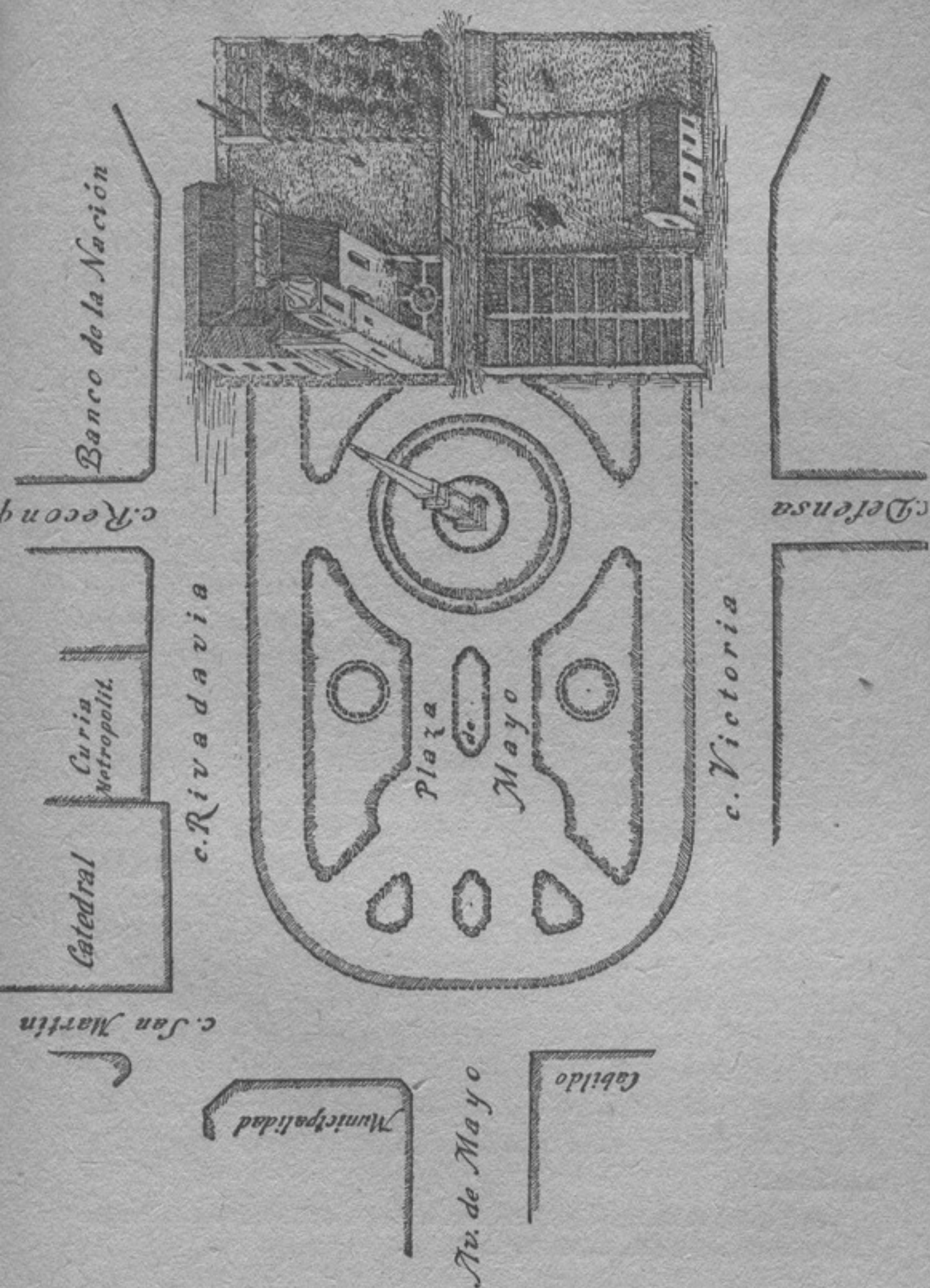
Fué ciertamente en 1617 cuando los jesuitas fundaron en esta ciudad de Buenos Aires su primera escuela de enseñanza elemental y su primer colegio de segunda enseñanza. Hace cabalmente 326 años que en otro local y con otro apelativo abrieron a la niñez y a la juventud porteñas el Colegio del Salvador. A excepción del célebre Colegio de la Inmaculada existente en la ciudad de Santa Fe desde 1610, ninguna otra institución argentina puede orgullecerse de tanta longevidad, co-

---

(14) Cf. Pillado, *Buenos Aires Colonial*, p. 171.



*Casa de Gobierno*



El Colegio del Salvador en la Plaza de Mayo (1617-1661)



mo tampoco puede ufanarse de haber dado a la Iglesia y a la Patria tantos y tan eximios ciudadanos (15).

Que el colegio del Beato Ignacio levantado en la Plaza de Mayo en 1617, es el mismo que hoy se destaca en la Avenida Callao, es un aserto que sólo espíritus superficiales podrán poner en duda. La continuidad de una institución no estriba en su ubicación ni depende de su denominación sino del espíritu que lo anima al través de los tiempos, y puede aseverarse que ese espíritu es el mismo cuando consta que sus directores y profesores han poseído siempre la misma orientación espiritual y han sido guiados por los mismos principios pedagógicos. Nadie podrá racionalmente poner en tela de juicio que los jesuitas porteños de 1617 y los que hoy regentan el Colegio del Salvador son total y absolutamente los mismos. Si al refundar el colegio de San Ignacio sobre la Avenida Callao dejaron de darle aquel apelativo, el mismo que tuviera desde 1617 hasta 1767 y desde 1836 hasta 1841 no fué sino por una sola razón: el temor de herir susceptibilidades, ya que el actual Colegio Nacional Central, el único de ese carácter que a la sazón existía en la ciudad, se consideraba la sucesora y heredera del Real Colegio de San Carlos, otrora Colegio de San Ignacio. El hecho, además, de estar adosado dicho colegio Nacional a la Iglesia de San Ignacio, hacía que todavía se le denominara con este apelativo.

No fueron los jesuitas los primeros maestros de escuela que hubo en Buenos Aires, pero fueron los primeros profesores de segunda enseñanza y los primeros catedráticos universitarios con que contó la ciudad de Garay. No fueron los primeros maestros de escuela: cabe al Presbítero Juan Gabriel de Lazcano la gloria de haber abierto la primera escuela bonaerense y a él sucedieron los Padres Franciscanos y después de éstos, o al propio tiempo que ellos, abrieron escuela diversos maestros, y sabemos que ya en 1605 era costumbre brindar al maestro con una casa acomodada al fin que se proponía.

---

(15) Sobre el Colegio de Santa Fe, véase G. Furlong, *El más antiguo Colegio de la Argentina*, Santa Fe, 1942.



En 1605 se ofreció a abrir escuela un tal Francisco de Victoria, pero parece que no llegó a realizar sus propósitos; en 1608 ofrecióse un mancebo estudiante por nombre Felipe Arias de Mancilla, pero nada hizo hasta que en 1610 vió surgir a un émulo en la persona de Alejandro Tamín o Tamiño o Tomiño; en 1613 ofreció sus servicios pedagógicos un tal Juan Cardoso pero si abrió escuela, cosa que se duda, cierto es que en 1615 ya la había abandonado; a 3 de enero de 1615 y "por cuanto hay en esta ciudad mucha falta de persona" que sepa enseñar, aceptó el Cabildo los ofrecimientos de Martín de Angulo, pero ya a mediados de ese mismo año había fracasado en su magisterio. Le sucede, y en forma igualmente efímera, Francisco de Montes de Oca; fué recibido por maestro en 9 de enero de 1617, pero a los tres meses había también abandonado el lidiar con los porteños de entonces.

Ante tantos y tan sensibles fracasos pensóse en los jesuitas. El 17 de abril de 1617 reuniéronse los señores Cabildantes y, entre otras cosas,

"se trató por el Señor Gobernador que por el bien de esta República y no haber en ella maestros que enseñen a los niños doctrina y policía, tiene tratado y ordenado con el Padre Provincial de la Compañía que deje en esta ciudad un padre religioso que se ocupe a enseñar los muchachos a leer y escribir y estudiar, que este Cabildo acude a dar gracias al dicho Padre Provincial para que tenga efecto, y habiéndose visto en este Cabildo la dicha proposición se agradeció por él al Señor Gobernador lo que ha hecho de su parte..." (16).

Estas frases sólo se refieren a la enseñanza de las primeras letras, pero sabemos que a la par de ellas se comenzó en ese mismo año la enseñanza secundaria o "de gramática", como solía entonces decirse. Se verá más adelante la exactitud de nuestro aserto. Veamos ahora el alcance de aquella frase tan oscura al parecer: "tiene tratado y ordenado con el Padre Provincial... que deje en esta ciudad un padre religioso...".

---

(16) *Acuerdos del Cabildo*, t. 3, p. 421.



El hecho es este: acababa de arribar a Buenos Aires una expedición de jesuitas procedentes de Europa. Sabemos que el 6 de abril de aquel año de 1617 había llegado el Padre Juan de Viana con un lucido contingente de profesores y maestros, de artistas y de misioneros. Entre ellos se hallaba el eximio pintor francés Luis Berger, el célebre músico belga Juan Vaseo, el intrépido misionero alemán Andrés Feldmann o Agrícola, y entre ellos se hallaba también el simpático joven Francisco Jiménez.

Era este jesuita oriundo de Villa Robledo y estudiaba en la Universidad de Alcalá, cuando se sintió llamado por Dios a la Compañía de Jesús. Cabe a este religioso la gloria de haber sido el primer profesor de segunda enseñanza que tuvo la Compañía en Buenos Aires, y él el primero que en esta ciudad enseñara los cursos superiores a la escuela primaria.

Las Aunas de 1668, al consignar los hechos más importantes de su larga y benéfica actuación, comienzan por recordar que "no bien [arribó la expedición y él] descendió de la nave en que venía, en el Puerto de Buenos Aires, fué designado para enseñar la gramática a los niños, habiendo sido el primero que la enseñó" en esta ciudad de Buenos Aires (17).

Lejos de ser "un lego ignorante" o "un sacristán idiota", frases con que ciertos escritores califican a los maestros anteriores a 1810, era el Padre Jiménez un varón eximio como maestro, como misionero, como orador y como gobernante. No es exagerado aseverar que fué uno de los varones más eximios que moraron en estas regiones del Nuevo Mundo durante la primera mitad del siglo XVII.

De maestro de primeras letras y profesor de gramática pasó, años después, a enseñar la filosofía en Córdoba y en 1631 le encontramos actuando como celoso misionero en la región del Caaró. En 13 de agosto de 1637 ponderaba el Pa-

---

(17) Para más detalles, véase "Los jesuitas y la educación primaria, secundario y universitario en Buenos Aires" en *Estudios*, Bs. As., 1938, t. 59, pp. 513-536.



dre Diego de Boroa cómo algunos misioneros sobrellevaban "con paciencia y energía vigorosa" las privaciones más grandes y el más grande desamparo y cómo "su entusiasmo por la salvación de los indios" les había hecho perder "toda sensación de sus trabajos y sufrimientos" y "lo que más admiro en ellos, agregaba Boroa, es su profunda humildad, con la cual estos hombres, nacidos y aptos para cosas grandes, se entregan a ocupaciones de tan poco lustre". ¿Quiénes eran esos hombres? Boroa nos da sus nombres: Juan Suárez y Francisco Jiménez.

Este postrero, el primer profesor que tuvo la ciudad de Buenos Aires, mereció por su candor que el Sr. Obispo de Córdoba le llamara "El Ángel", y Boroa nos informa que los indígenas le apellidaban Baecoapa, esto es, "El Vidente" u omnisciente. Su singular penetración y conocimiento de los corazones le habían merecido ese apelativo. También contribuyó a ello su singular habilidad para todos los oficios. Parecía un maestro en todo, hasta en el arte de amasar el barro para la fabricación de ladrillos y en la seguridad con que gobernaba la yunta de bueyes que tiraba del arado.

En 1645 el Provincial Juan Bautista Ferrusino le sacó de las misiones para hacerle su Secretario, y en 1663 primero, y desde 1664 hasta 1666 fué Jiménez Vice Provincial del Paraguay. Dos veces fué rector del colegio de Córdoba, fué maestro de novicios y canciller de la Universidad cordobesa. En el curso de 1668, y hallándose en Buenos Aires, ocurrió su deceso. El hecho fué sentido en toda la Provincia, leemos en su necrología, pues había sido el Atlante en todas las empresas ásperas y difíciles que se habían emprendido por la gloria de Dios. A su entierro asistió todo el Cabildo y el Sr. Obispo. No nos consta, pero sospechamos que recibió sepultura en el Campo Santo de la Plaza de Mayo, por no estar aún construída la Iglesia de San Ignacio en la actual calle Bolívar que fué el cementerio de los jesuitas, después de 1721. Tal fué el primer profesor que tuvo Buenos Aires y el primer profesor que tuvo el Colegio del Salvador, conocido entonces con el rubro de Colegio de San Ignacio.



De la marcha de este colegio en los años siguientes tenemos escasos pero elocuentes testimonios: en 1619 escribía el Gobernador Góngora al Rey y le manifestaba que la Compañía de Jesús, en Buenos Aires, era, entre todas las órdenes religiosas, la que "más trabaja en la educación de los hijos de sus vecinos". De 1632 y de 1649 tenemos noticias halagadoras sobre el desarrollo de la escuela de primeras letras, pero en 1650 la habían los jesuitas clausurado, así por existir entonces otras escuelas en la ciudad como por no ser propio de la Compañía el dedicarse a la enseñanza primaria.

Desgraciadamente la tal enseñanza fué, en manos de los maestros laicos, tan deficiente o nula después de esa fecha como lo había sido con anterioridad a 1617, y tuvieron los jesuitas que retomarla a mediados de 1654, a instancias del Cabildo. En el acta del 22 de junio de ese año se lee:

"Leyóse en este Cabildo una petición presentada por el procurador general en que por ella propone y pide que este Cabildo proponga y pida al Reverendo Padre Rector del Colegio de la Compañía de Jesús de esta ciudad, admita y se encargue de la enseñanza y educación de los niños de escuela de esta ciudad por las causas y razones que expresa dicha petición. Y vista decretaron que mediante las causas y razones que ocurren y refiere dicha petición se pida por este Cabildo al dicho Reverendo Padre Rector, que es y fuese, que a fin de tan buena obra, admita y se encargue de la dicha educación y enseñanza, obrando en ella como tal obra pide y de su paternidad reverenda y demás Religiosos sus súbditos se espera y confía que desde luego este Cabildo rinde las debidas gracias a su paternidad y se nombran por diputados para dicho caso a los dichos señores almirante don Eugenio de Castro y el dicho Antonio Bernalte de Linares..." (18).

Los jesuitas aceptaron complacidos, y por segunda vez, el encargarse de la enseñanza primaria, no obstante estar ella al margen de su Instituto y no convenir del todo con su pro-

---

(18) *Acuerdos del Cabildo*, t. 10, p. 350.



grama educacional, preferentemente universitario o pre-universitario.

Por lo que toca a la enseñanza secundaria, el colegio abierto en 1617 jamás sufrió mengua y tenemos noticias muy halagüeñas de su prosperidad en 1632, en 1643 y en los años posteriores hasta su traslado a la calle Bolívar en 1662 y hasta la expulsión de los jesuitas en 1767. Desde 1654 tuvo siempre a su lado la escuela de primeras letras, a que nos hemos referido ya, y desde 1746 otra escuela, también de primeras letras, en el barrio actual de San Telmo, otrora Belén.

No es posible recordar a todos los rectores, profesores y maestros con que contó el Colegio del Salvador mientras estuvo en la actual Plaza de Mayo, pero así como hemos puesto de relieve los méritos excepcionales de su primer profesor, el Padre Francisco Jiménez, queremos hacer otro tanto con el insigne varón que fué el postrero en gobernar el Colegio en aquel primer período de su historia.

Nos referimos al Padre Cristóbal Gómez, andaluz de origen. Había nacido en Ardales en el curso de 1610 "donde tuvo, escribía después Jarque, los primeros años de religioso, hasta que pasados los estudios, con aventajado ingenio y talento de púlpito, pasó el año de 1640 al Paraguay" en la expedición del P. Francisco Díaz Taño.

Cursó los últimos estudios en Córdoba y una vez ordenado, pasó unos años en la enseñanza hasta que se le destinó al rectorado de Corrientes, Asunción del Paraguay y Buenos Aires. Terminado su período de gobierno al frente del colegio bonaerense fué nuevamente rector de Córdoba y en 1672 nombrado Provincial, cargo que ocupó hasta 1676. Falleció en Córdoba el 19 de noviembre de 1680.

Desde 1654 a 1657 había sido secretario del P. Vice provincial Laureano Sobrino y ocupaba este cargo cuando el P. Nickel, General de la Compañía de Jesús, en carta al dicho Vice provincial le decía: "su compañero de V. R. el P. Cristóbal Gómez a persuasión de algunos, según dice, está inclinado a dar a la estampa una obra latina en alabanza de nues-



tra Compañía y otros panegíricos de nuestros santos en lengua castellana. V. R. hará la misma diligencia que he dicho hablando del [libro o historia del] P. Techo (19)" esto es, que sean bien examinados los dichos escritos antes de darlos a la imprenta. El mismo General, en carta de febrero 28 de 1660, escribía lo mismo al entonces Provincial, P. Simón de Ojeda, por estas palabras: "Esté cierto V. R. que no se concederá licencia para poder imprimir vidas de los Nuestros, ni aun elogios de nuestra Compañía que ha dispuesto el P. Gómez sin haberlas examinado con toda diligencia".

Diez y siete años más tarde tuvo Gómez el placer de ver publicados sus "*Elogia Societatis Jesu*" que tantas fatigas le habían costado. Publicáronse finalmente en Amberes en el curso de 1677 y forman un abultado volumen de más de 500 páginas. Cuatro años más tarde tuvo que reeditar el P. Gómez sus *Elogia* y modernamente, en 1882, han merecido el honor de ser vertidos al castellano y editados en las columnas de *El Siglo Futuro* de Madrid.

La edición princeps de los "*Elogia Societatis Jesu*" es un grueso volumen en cuarto de más de quinientas páginas en las que reunió el P. Gómez las frases más elogiosas que sobre la Compañía de Jesús emitieron Pontífices, Cardenales, Obispos, Inquisidores, Religiosos de diversas órdenes, Emperadores, Reyes, Virreyes, Gobernadores y magistrados diversos.

Entre los elogios emitidos por Obispos hallamos los de Trejo y Sanabria, Pedro Carranza y Melchor Maldonado, Obispo este último del Tucumán. Del primero, escribe el P. Gómez, que en público sermón predicado en la Catedral de Santiago del Estero afirmó que todas las desgracias que en aquellos años habían acaecido, eran desgracias pero tales que se podían tolerar; la intolerable sería si la Compañía de Jesús se viera obligada a abandonar los ministerios que ejercitaba en aquella Provincia". Tanto apreció, agrega Gómez, a nuestra Compañía este Prelado y tan grande era su afecto para con

---

(19) Cartas de los Generales: Archivo de la Provincia Argentina, S.J.



los jesuitas de estas regiones donde escribo estas páginas, que dispuso ser enterrado en nuestra Iglesia de Córdoba para testimoniar aun después de su muerte su afecto para con nosotros" (20).

De Mons. Carranza cita y extracta el P. Gómez un discurso que pronunció cuando la beatificación de Ignacio de Loyola. "¿Dónde hallar unos hombres más doctos que los hijos de Ignacio? ¿Qué padre tuvo hijos más inteligentes que el Beato Ignacio? Doctos e inteligentes en las cátedras, agudos en las argumentaciones, sabios en los pulpitos. Si el hijo sabio es la gloria de su padre, cuán grande no ha de ser la del Beato Ignacio que tuvo y tiene tantos hijos sapientísimos, como los Belarminos, los Maldonados, los Toledos y tantos otros" (21).

Consigna también elogiosas frases de juristas y mandatarios civiles como Andrés Garavito de León, Diego de Saavedra y Jacinto de Lariz, todas ellas referentes a la actuación de los jesuitas en estas regiones del Nuevo Mundo.

Otro libro del P. Gómez, el intitulado "*Apología en defensa de la Compañía de Jesús del Paraguay contra las gravísimas calumnias y siniestros informes... de Don Bernardino de Cárdenas*" no llegó a publicarse. Su autor envió el manuscrito a Roma y allí fué censurado por cuatro teólogos, cuyos juicios fueron adversos a la publicación de un libro que dejaba en muy mala luz el prestigio de aquel Prelado.

Tampoco se publicó nunca otro libro del P. Gómez intitulado *Herejía degollada*. El P. Cristóbal de Grijalva llevó el manuscrito a Roma y no obstante el empeño que tenía el P. Cristóbal Altamirano de que esa obra se publicara, nunca llegó a ver la luz pública. Ignoramos la causa. Tal vez los censores, como en el caso del libro contra Cárdenas, creyeron inoportuna su publicación.

Aunque no llegaron estas obras a publicarse y se han enteramente perdido, honra no obstante a su autor el haberlas

---

(20) *Elogia...* p. 110.

(21) *Elogia...* p. 122.



escrito, como honra al primitivo Colegio de Buenos Aires el haber tenido por rector a quien, en medio de sus múltiples ocupaciones, compuso dichas obras y otras muchas, como dos tomos en cuarto de conceptos predicables, uno sobre la Virgen y la Compañía de Jesús, una exposición del Cantar de los Cantares y una extensa obra en cinco volúmenes sobre los héroes de la Compañía de Jesús.

En 1660, siendo Gobernador Don Alonso de Mercado y Villacorta, llegó a Buenos Aires una Real Cédula de Felipe IV, fechada a 10 de junio de 1659, ordenando poner la plaza en estado de defensa a fin de que pudiese resistir cualquiera invasión extranjera y vigilar mejor el arribo clandestino de navíos extraños. En un acuerdo de Hacienda Real tenido el 20 de mayo de 1661 se determinó poner en ejecución aquella Real Cédula y entre otras cosas se determinó desalojar al colegio, derribar sus edificios y talar todos los árboles cercanos a la Fortaleza. Para que los Padres pudieran adquirir otro local y trasladarse al mismo, se les adelantó seis mil pesos. El 25 de mayo de 1661 se firmó el contrato de desalojo y traslación, y el día 20 de agosto de 1662 hicieron entrega a la autoridad civil de todo el edificio, aunque privado de sus puertas y ventanas, y de todos los árboles, entre ellos 17 naranjos, 5 limas y una palma de dátiles. Al nuevo solar llevaron los jesuitas los cipreses y un pino de Castilla (22).

Abandonaron el local del colegio pero siguieron ocupando la Iglesia y ejerciendo en ella los actos de culto. En 1721 seguía siendo la única iglesia que tenían los jesuitas en Buenos Aires, no obstante estar a dos cuadras del nuevo colegio.

Se pensó derruir de inmediato así la iglesia como el viejo colegio, pero nada se hizo en ese sentido ya que la iglesia subsistía aún en 1721 y el viejo local del colegio subsistía en 1820.

En 1680, cuando el Capitán Juan de San Martín disponía, por orden del Gobernador Garro, su expedición contra los in-

---

(22) Pillado, *Buenos Aires Colonial*, p. 180-181.



dios Pampas, sabemos que albergó sus soldados en las otrora aulas del colegio, y durante no pocos años siguieron prestando ese servicio, de suerte que desde fines del siglo XVII hasta principios del siglo XVIII se conoció con el nombre de "Piquete de San Martín" lo que había sido colegio de la Compañía de Jesús. En 1717, y con ocasión de la terrible epidemia que asoló a la ciudad, se convirtió parte de aquel viejo edificio en cochera donde se guardaba el "coche del Santísimo", nombre que se dió a un coche tirado por mulas en el que el Sr. Obispo o sus sacerdotes acudían a los gravemente enfermos. En 1781 ordenó Vértiz que una compañía de soldados se albergara en el viejo colegio, no sin antes hacer en el mismo algunos arreglos y refacciones. En 1801 seguía siendo cuartel y como se dijera que el viejo edificio amenazaba venirse abajo, hizo el Virrey Ávilés que se practicara un reconocimiento del mismo. Se halló que era aún utilizable si bien requería algunas refacciones. En ellas se invirtieron 1606 pesos y 5 reales. En 1805 los interesados en construir el Coliseo de Comedias creyeron que ningún lugar era más adecuado que el ocupado otrora por el colegio. El Cabildo aprobó la elección de aquellos pero puso por condición la subsistencia de la cochera y de las salas ocupadas por la tropa. La condición era tal que los empresarios abandonaron el proyecto y construyeron el Teatro en el solar que actualmente ocupa el Banco de la Nación. En octubre de 1809 albergaba el viejo edificio un destacamento de Húsares para escolta del Virrey Liniers, y durante todos los años de la guerra de la independencia fué prestando servicios de índole militar. Recién a fines de 1821 la piqueta redujo a polvo aquel viejo caserón, quedando así la plaza de Mayo como se halla en la actualidad, libre de construcciones edilicias (23).

A los 214 años de edificado, desapareció totalmente el primer edificio de lo que es hoy el Colegio del Salvador.

---

(23) Véase el magnífico estudio de José Antonio Pillado en *Buenos Aires Colonial*, Bs. As., 1910, pp. 149-197, del que nos hemos valido ampliamente para escribir estas páginas.

**G U I L L E R M O F U R L O N G , S . J .**